

Lectura y proyección de la entrevistas de consulta – Parte I

Sergio Rodríguez

Sergio Rodríguez analiza su experiencia con respecto a las entrevistas de consulta y desde ahí, función y límites para psicoterapias o preparación de psicoanálisis.

Trabajo de psicoanalista porque me propongo curar dolencias del alma, en un sentido más amplio que el tradicionalmente aceptado por la medicina. Ésta, busca volver al estado anterior de enfermar por eso es una terapéutica. Supongo con *Freud, Lacan* y otros, que hay tratar de llevar al enfermo, apoyándose en su propia dotación simbólico imaginaria, a usar y hasta producir mejores herramientas, para operar sobre acontecimientos reales de la vida con que le toque lidiar. A veces se lo logra ampliamente, otras parcialmente. En consecuencia no comparto el desprecio que exhiben por la eficacia del psicoanálisis, algunos “*lacaneadores*”.

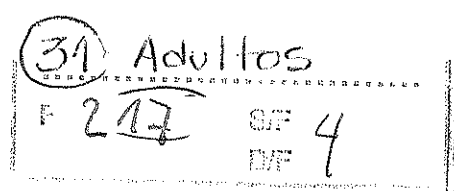
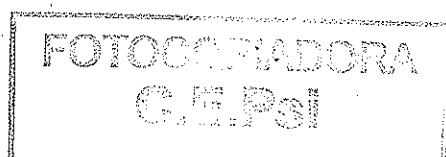
Nuestro trabajo, interpretando deseos, señalando claves de goce e interviniendo a través de producir cortes y puestas en cuestión de goces resistentes a deseos inconscientes, va distanciando en el neo imaginario que se va conformando en el analizante, sus ideales de los objetos en que se encarnan. Cuando logramos eficacia en el sentido antedicho, hubo deseo del analista en función. Que no es sin fantasma, como lo enunciara alguna vez Hugo Levin, sino que se sostiene en un fantasma de castración simbólica, de separación de ideales y objetos.

El psicoanálisis, comenzó con dos médicos astutos, Breuer y Freud, que se propusieron aliviar los sufrimientos de algunas histéricas. **Aparentemente** el trabajo se llevaba adelante en relaciones duales. Muy pronto **Juanito**, el descubridor de la función fálico imaginaria del pene, exigiría al psicoanálisis trabajar en relaciones, también **aparentes**, de 3 y hasta 4. Aunque la madre de Hans no haya visitado al Herr. Professor, recibía los mensajes a través del papá del pequeño Hans. **Tanto con las histéricas, como con Juanito, había Otro convidado que no era de piedra, que protagonizaba el convite: el lenguaje como estructura estructurante y herramienta que opera sobre “lalengua”¹, a través de la que a la vez opera.**

Luego, fueron apareciendo diversas “*terapias de orientación psicoanalítica*”. Parejas, familias, grupos, psicodramas, orgonterapia, bioenergéticas, gestálticas, sistémicas. **La virtud de varias ellas, estuvo en aportar nuevas herramientas. El problema es que supusieron que podían sustituir al psicoanálisis y sus bases, tratando a los pacientes sin apoyarse en los fundamentos del psicoanálisis.**

Pasé por varias y por lo menos por dos escuelas del psicoanálisis: kleinismo a la argentina, combinado con freudismo y psicología del yo y lacanismo. Analizar mi experiencia me ha enseñado, que el desarrollo de un análisis hasta la mayor profundidad que pueda ser llevado depende fundamentalmente del dispositivo clásico, asociación libre (limitada por las tensiones entre sus lógicas estructurales y estructurantes: real, simbólica e imaginaria) y atención libremente flotante del analista limitada por litorales

¹ Neologismo inventado por **Lacan**, para designar la producción de jergas por formaciones del Inconsciente que se socializan por responder a deseos y goces nuevos que exigen nuevas nominaciones.



semejantes, según el efecto que en su anudamiento borromeico y nominador hayan producido los análisis por los que transitó. El diván es contingente. No es imprescindible. Pierre Rey fue analizado por Lacan durante 10 años frente a frente. Juanito, casos de histeria analizados por Freud en vacaciones. Múltiples ejemplos de trabajos de Winnicott. **Tampoco es prescindible sistemáticamente, su uso exige conjeturar, probar, a veces, tener idas y vueltas.**

Se repone con fuerza entonces, el tema de las entrevistas de consulta. No sólo desde ideales sobre finales de análisis, sino también, como operaciones para producir condiciones de posibilidad para alcanzar por lo menos el objetivo médico, que para nada es despreciable. Y hacerlo, buscando generar dichas condiciones cuando puede llegar a lográrselas, para que un futuro análisis si se da, sea abordado en todas sus implicancias y profundidad, o sea hasta toparse con lo imposible de la estructura del analizante y del analista. Esto exige, desde la recepción del llamado telefónico en adelante, desde la escucha del mensaje en el contestador o desde la lectura a la letra del mail que pide la entrevista, una fina observación para ir aprehendiendo las letras, gestos, pausas, tonalidades de voz, modalidades de enunciación (solemne, confianzuda, epopéyica, angustiada, paranoide, acelerada, triste, abúllica, expansiva, en representación de sí mismo o de otro, etc.) nos transmitan. Recordemos que Lacan diferencia letra de significante, tanto porque la letra será el soporte material que dé lugar a la escritura, la producción de significantes; como por su función a partir de ser **lo** litoral entre lo simbólico y lo real. Significante no es sólo la palabra enunciada en su relación con la enunciación. Significante es **lo** que representa a un sujeto para otro significante. Descifrar gestos en sí, como hacen ciertas psicoterapias, comete el error de hacerlo al margen del S1, o el S2 correspondiente, o sea de presuponerle un significado a cada gesto. Pero **no** tomar en cuenta gestos, letras emitidas, que sólo tomarán valor significativo cuando se articulen a otras/os, es empobrecer la práctica del análisis. **Diego García Reinoso** decía que “la clínica psicoanalítica, era la clínica de los detalles”. Si esos detalles nos quedan desapercibidos, la clínica analítica pierde filo y eficacia. Esos detalles, insisto, tienen valor de letras.

O sea: hay que observar desde los primeros contactos, el semblante con que se nos va apareciendo la consulta y obsérvese que no reduzco al consultante. Esto se extiende hasta observar con fineza el relato que nos hace el colega o la persona que nos deriva la consulta. Por supuesto, habrá que ir separando lo que pertenece principalmente a la propia subjetividad del derivador. Pero no hay que ignorar, que todo discurso, trasmite de algún modo, rasgos del objeto al que se refiere.

Estas observaciones resultan claves para ir construyendo el propio *semblant* del analista, desde el que se irá apareciendo en las primeras entrevistas. **Lacan** planteó que el analista debe ocupar el lugar del *a* para causar el deseo de analizarse del analizante. ¿Pero, como hacemos eso? Ricardo Estacolchic planteó en *Pollerudos* que las parejas suelen sostenerse en un engarce fantasmático. La *mujer golpeada*, cuando se cronifica con una pareja golpeadora, lo hace porque es la escena de goce que incorporó incluido el dolor y el riesgo que conlleva. Se identificó, porque fue la *película* que miró durante toda su infancia, o por el contrario, porque siempre vio a un padre débil y degradado manipulado por la madre o por mil y una otras variantes. O sea, mientras dura, algo del deseo y del goce de cada partenaire soporta la articulación entre ambos. Cuando cae, más tarde o más temprano y de una forma u otra, volteará a la pareja. El analista debe buscar acercarse a facilitar que se produzca un “como sí” de dicho fantasma, para generar en la o el consultante, el deseo de analizarse. ¿Por qué “como sí”? Porque si reprodujera el engarce habitual, sostendría un enamoramiento mientras dure el engaño. Y sabemos que el enamoramiento suele obstaculizar deseos. Hará un “como sí” para

que se sostenga el deseo de analizarse. Eso irá produciendo movimientos en los ámbitos del fantasma del paciente a los que tendrá que estar atento el analista, para ir desarrollando en su semblanteo, los cambios necesarios con la finalidad de propiciarle y sostenerle el deseo de continuar analizando deseos, goces y resistencias. O sea, para sostener una transferencia productiva, ya que cuando la transferencia es puramente imaginaria, sólo es una forma más de resistencia al análisis². En este punto es muy importante percibir en toda la riqueza que le agregó al concepto freudiano de transferencia, la articulación que hizo Lacan de la misma, al descubrimiento conceptualizado luego, de la función del Sujeto supuesto Saber para instalarla y para ir resolviéndola junto a la disolución de dicha suposición. Para eso, subrayemos “*après coup*” y tiempo lógico. La obsesivización IPA del psicoanálisis, lo confundió centrado en el repaso de la historia personal y la introspección, dejando al margen el acto, despreciado a través de no entender las razones de estructura de los *acting out* y de la imprescindibilidad del pasaje al acto, que por supuesto luego puede resultar mejor o peor. Pero si se los lleva así, terminan no sirviendo para nada. El análisis sirve para, a partir de la dotación simbólico imaginaria con que está dotado el paciente para el encuentro con los reales que le van saliendo al paso en la vida, colaborar con las diversas herramientas que nuestra práctica dispone para encararlos y resolverlos de un modo mucho más adecuado a su castración, que lo que su neurosis o su psicosis le hubiera permitido. Lo que puede implicar, hasta un efecto de creación, de invento, por la vía de nuevas nominaciones que en el lazo social con la actividad del analista se le vayan produciendo. No irá a una nueva estructura, pero sí, le sacará el mayor jugo posible a la propia. Su estructura de lenguaje y su modo de relación con su lengua, no habrá variado. Pero, al enriquecerse su *lalengua* y sus efectos simbólicos, imaginarios y reales, se habrá enriquecido su valija de herramientas para encarar lo real de su vida.

El análisis labora desde lo real que lleva al consultante a consultar, -alguna situación traumática o una agobiante serie de repeticiones-, que le genera entonces el deseo de encontrarse con un Sujeto supuesto Saber que le ayude resolverlas. Los que quedamos ubicados en ese lugar, tenemos que saber conservarlo para que vayamos siendo destituidos, esa es la paradoja en la que nos movemos permanentemente. Esa es la paradoja que nos obliga a saber leer, segundo a segundo el discurso del analizante y a partir de esa lectura, semblantear y operar el acto psicoanalítico.

Desde aquí desgranaré en próximos artículos, una serie de viñetas que muestran algo de la multiformidad de presentaciones que se nos aparecen en la práctica. Tienen la ventaja de que algunas las he podido seguir durante 20 años y hasta a veces más. Les conozco los resultados en toda su riqueza y en toda su pobreza.

Continúa en el próximo número

Sergio Rodríguez
Psicoanalista
4776-0959 y 4773-7354
srodrig@fibertel.com.ar

² Obviamente me estoy refiriendo sólo al análisis de neuróticos

Psyche Navegante N° 78 - www.psyche-navegante.com

Area: Psicoanálisis

Sección: Práctica

Lectura y proyección de las entrevistas de consulta.

Parte II: Un padre y una hija: entre la muerte, la soledad, el amor y un analista

Sergio Rodríguez

Tema: Asesinato imaginariamente simbólico del padre, cometido por una hija enamorada que lo odiaba y un analista. Precio de entrada de ella, a lazos sociales, a amar y a evitar una muerte prematura.

Lectura y proyección de la entrevistas de consulta – Parte I

Corrían los sesenta, corrían sin parar. En legiones de jóvenes, habían resucitado las ilusiones de cambiar el mundo aunque para eso hubiera que dejar la vida propia, la de otros y hasta la de lo más querido: los hijos. Nada de eso tenía comparación con instalar una sociedad en la que no hubiera explotación interhumana y como consecuencia los bienes se distribuyeran igualitariamente. Se suponía que eso ocurría en una bravía isla del Caribe. Algunos suponían que también ocurría en el este europeo y en el coloso chino que había apoyado a los coreanos del norte contra el imperialismo norteamericano. En la península indochina tronaba el cañón. En medio oriente tableteaban las ametralladoras en nombre de la independencia, contra el enclave israelí pro norteamericano, guardaespaldas de las empresas petroleras de USA y Europa.

Una pareja joven hacía el amor confiando en que su hija nacería en ese mundo liberado. Al día siguiente operarían militarmente, para bautizar de un modo espectacular la lucha armada por la liberación en nuestro país. La joven cayó herida y apresada. Sus compañeros, armas en mano la rescataron de la comisaría en que la habían encerrado. Él siguió peleando en otros lados. Pasaron los años, y los sueños no lograron evitar que el desencuentro hiciera estallar la pareja. La niña quedó con la madre, el padre siguió su ruta y el 76 lo llevó al exilio. Era uno de los hombres más buscados por la dictadura militar. Su foto figuraba en un cartel que la junta había distribuido profusamente por toda la Nación. Primero la persecución en el país, el exilio después, habían cortado la relación entre esa niña y ese padre cuando ella tenía dos años.

Finales de 1983, se restableció el funcionamiento constitucional en la Argentina. Ese padre volvió al país. Encontró una hija hosca, resentida. Había podido leer sólo dos cartas de él en 10 años de ausencia. No se lo perdonaba. Él tampoco. Fue cierto que era muy complicado hacerle llegar cartas, pero sabía que había escrito sólo dos. La clandestinidad, las obligaciones dirigentes, el fervor revolucionario, lo habían ocupado de tal modo, que aunque nunca dejaba de tener presente la imagen de su “beba”, no le había escrito más que dos veces.

Su pequeña beba, ya era una púber preciosa, fuerte, salvaje, y odiante. El amor no correspondido, o correspondido por un puro silencio, se había transformado en odio. Él, aterrizó en el diván de un analista. Lo apresaba una fuerte depresión. Se sentía enormemente fracasado. ¿Para qué había servido tanta lucha, tanta sangre, tantos compañeros muertos? Seguía escribiendo, pero siempre para otros. Nunca firmaba sus escritos. A veces políticos, otras periodísticos, siempre muy logrados literariamente. Para sostenerse económicamente “*puchereaba*”, los políticos pasaban por los “nuevos escenarios” pero ninguno reconocía lo que su generación había ofrendado a la Patria. La distancia entre los ideales juveniles y las verdades maduras, lo hundían en la tristeza del no reconocimiento. Tardó tiempo en advertir el precio que paga el amor propio por incinerarse en el altar del sacrificio a la veleidad de dioses “celestiales o revolucionarios, *s’e ’gual*”³. Mientras, el telón de fondo era el rechazo de su niña. Al que ella agregaba desafiar siempre al destino, como duplicando la adolescencia y la juventud del padre y de la madre. Lo rechazaba, pero en esencia se identificaba a la epopeya del padre. Claro que ya no eran tiempo de revoluciones. Sí, de drogas, motocicletas y SIDA. Noviaba con un rudo obrero, que ahora se apelaría *motoquero*. Un día, mediados por alcohol, cocaína y velocidad, se estrellaron. Con suerte, él quedó internado un tiempo y luego salió. Ella sufrió una fractura de la que se recuperó sin secuelas. El padre andaba mejor, pero este incidente desbordó todo cálculo. Comenzó a insistirle a la hija para que se analizara. Ella no sólo no le hizo caso, levantó la apuesta. Terminó internada en una comunidad para recuperación de adictos, ¿sedujo, fue seducida? por el director. Luego se acostó con un muchacho mayor que ella y enfermo de SIDA, con el que protagonizó una fuga con ribetes que hacían recordar la de la madre en los comienzos de los 70.

Ahí el padre insistió con que se analizara y ella puso una condición, tenía que ser con el analista del padre. Éste le llevó dicho planteo al susodicho. El que le propuso tener una entrevista con la jovencita, ya de 18 años. La escuchó y le preguntó por qué analizarse justo con él. Ella arguyó que despreciaba a los analistas y que por el único que sentía respeto era por él porque había logrado sacar al padre de la depresión. El colega le hizo notar entonces, que por cómo se presentaban las cosas él no podía trabajar con ambos al mismo tiempo, a lo cual ella dijo que eso no le importaba. El analista le hizo notar la venganza que esa posición vehiculizaba, a la vez que el deseo de ocupar el lugar del padre. Ella asintió, y se mantuvo en sus trece.

Informado el padre, el analista le agregó: *-creo que estás bastante bien y que te podés bancar un tiempo sin análisis. Tengo la impresión de que es la única manera que tu hija comience uno.* El padre asintió. Esta vez el sacrificio no era por dioses, era por la salud de la hija. Y no era sólo un sacrificio, era también un intento de reparar el daño que sentía, que su ausencia le había producido.

La solitaria (la soledad había sido el destino elegido por el abuelo paterno para pasar sus últimos años), comenzó su análisis desafiando al analista como hacía años lo hacía con el padre. El analista percibió en el desafío, una burla admirativa. En consecuencia no respondió con interpretaciones y menos con enojos, sino colocándolo en el terreno del humor. Al que ella, pícaramente, se plegó con rapidez. Atravesada esa primera resistencia del yo, el análisis ingresó en una fase muy productiva. Mientras, seguía su relación con el rudo y hasta violento obrero. Había veces que la golpeaba. La violencia, como peligro, como epopeya, como mito, había sido un componente habitual de su infancia y adolescencia. A veces como relatos sobre el terrorismo de estado, otras como hazañas de revolucionarios.

³ Diría Minguito, el inolvidable personaje cómico de aquella época

Un año duró la experiencia. En el curso de la misma, un acontecimiento complicó a todos. La solitaria, quedó embarazada del violento. Enterado el analista, estuvo a punto de incitarla a abortar. Cierta presencia de ánimo y desconfianza en sus prejuicios, productos ambos de muchos años de análisis y del pasaje de la vida, lo llevaron a callar, esperar y escuchar. La futura madre fue desarrollando un diálogo con su futuro bebé que reparaba enormemente la soledad sufrida por ella. El analista elucubraba. ¿La futura criatura sería un tapón para *surfear* la melancolía de la madre? Mientras, el violento, se había separado. No quería saber nada de formar una pareja formal y ser padre. El padre y la madre de la chica -los futuros abuelos-, acompañaron cariñosa y comprensivamente el embarazo de la hija. Llegó el día del parto, el violento acompañó a la solitaria a internarse. La recepcionista preguntó: ¿nombre de la madre? Soledad Ortiz. ¿Nombre del padre? El violento contestó: Juan Cuacho. El niño tenía padre y madre, una nueva vida se iniciaba para los tres. El analista acordó con ella que ya era tiempo de que fuera con una analista y se la derivó a una colega. Las mujeres madres, suelen tener un mejor "holding" para entender a madres recientes. Soledad Ortiz siguió su análisis con ella, estabilizó la pareja con Juan y se fueron a probar suerte en Europa.

Mientras, el padre de Sole reinició su análisis con el que ofició de cómplice en el asesinato/suicidio imaginario. Lo llevó hasta bastante avanzado y lo interrumpió sin finalizarlo. De vez en cuando volvía, hacía algunos "services" y se retiraba nuevamente. La soledad era un fantasma que lo atraía a la vez que lo angustiaba. Era el valor fálico imaginario mayor que su padre le había dejado, frente a una madre que siempre se había distinguido como heroína resistente a los poderosos.

Pero en una de esas vueltas arribó desesperado. Sole, había vuelto de Europa separada del padre de su criatura. Había vuelto a las drogas que en cierta manera la madre le facilitaba y había formado una pareja homosexual con una amiga de la madre. Pero lo preocupante resultó que un día la madre entró a la casa de su hija y encontró llena de sangre paredes y suelos y Sole con una anemia aguda. Llevada al hospital, los médicos encontraron una serie de cortes en la vagina, evidentes productos de prácticas sadomasoquistas con su pareja lesbiana. A la vez era evidente que se hallaba presa de una intoxicación por drogas ilegales que la alienaba. Padre y madre le plantearon que reiniciara su análisis, a lo que se negó. El padre desesperado, consultó a su analista. Éste, ante la gravedad y peligro de vida para la paciente y evidente estado de alienación, le recomendó que la internara. El padre respondió que la hija se iba a negar. El analista le dijo entonces, que munido de los certificados médicos correspondientes debía hacerlo por la fuerza. La sorpresa y la desesperación se reflejaron en la mirada del padre. -"*me va a odiar para toda la vida*"- fue su respuesta. El analista le dijo que efectivamente ese era el riesgo que corría, pero qué prefería, si ese riesgo o el de muerte de su hija. Decidido, el padre buscó los certificados, la clínica y la ambulancia con el equipo necesario. Cayeron de sorpresa, la redujeron y la internaron. La hija le gritaba con odio que había hecho lo mismo que los grupos de tareas del "Proceso". Al padre se le partía el corazón pero aguantó a pie firme. Ya en la clínica y con el paso de los días la hija no aceptaba las visitas del padre. La trataron, mejoró, volvió a su casa y reinició una relación cálida con el hijo que durante "el romance homosexual" había interrumpido, dejando el chico al cuidado del padre y el abuelo materno. Al padre propio, seguía sin recibirlo pero le hizo llegar un diario que había escrito en la clínica y en el que al modo de los presos describía el pasaje de los días y su odio a él, identificado por ella a "los milicos del proceso". Lo que no pudo impedir fue el sostenimiento de la relación del abuelo con el nieto. A través de esa relación, de a poco, se fueron restableciendo los vínculos entre padre e hija. Primero como fiera herida y luego progresivamente, según pautas previas al traumático episodio de la internación.

Mientras el tiempo pasaba, el padre envejecía, los trastornos del envejecimiento se hacían presentes, y ella sorteando los celos de la nueva pareja del padre, y a su manera, se acercaba y lo cuidaba. El abuelo se babeaba por su nieto y se le llenaban los ojos de lágrimas cada vez que contaba alguna nueva atención de su hija.

Cierta vez, el analista le dijo que se dejara de joder con la epopeya heroica y solitaria en medio de la Argentina y la aldea global de hoy. Que buscara pasar sus últimos años más de acuerdo con sus imposibilidades, a la vez que disfrutando de lo que aún le quedaba por disfrutar. Con una gran sonrisa relató que lo mismo le decía la hija, transformada en una de las principales líderes de la **Asociación Narcóticos Anónimos** de su pueblo. Y que no sólo le decía eso, sino que le había propuesto que volviera al pueblo y que se pusieran ambos a fabricar dulces. Hecha notar la metáfora por parte del analista, al viejo león se le llenaron los ojos de lágrimas. Se empezaba a romper la maldición de soledad que el padre melancolizado le había dejado como herencia, al ahora no sólo padre con todos los merecimientos, sino también abuelo.

¿De aquellas entrevistas iniciales con un revolucionario deprimido, devino un análisis clásico y un final de análisis según los ideales kleinianos del duelo por el objeto perdido o pseudo lacanianos del atravesamiento del fantasma? Una serie de circunstancias que los lectores sabrán extraer del relato, les permitirá advertir que no fue así. Ahora: ¿alguien puede negar que este trabajo analítico fue muy útil por lo menos para sus dos principales protagonistas, padre e hija? Agregó que sin lugar a dudas lo fue bastante, también para el hijo y nieto y para el analista, que aprendió a trabajar sin dejarse inhibir por los prejuicios habituales de las corporaciones analíticas sean del signo que sean.